EL PARAÍSO DE LAS ISLAS: 09 La niñez de Miel de Azahar, luego la Murrús

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: Bibliografía: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 15/02/2014
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

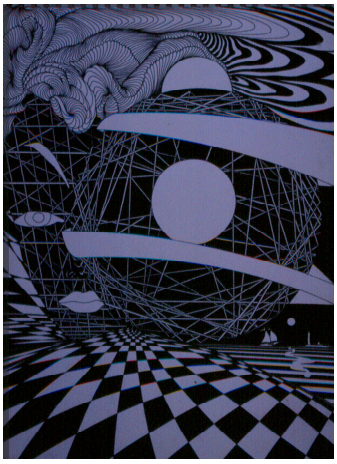
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa.**

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

La niñez de Miel de Azahar, luego la Murrús



El Archipiélago de Tierra y el Archipiélago de Mar o los Archipiélagos de Tierra y Mar

Cuando a esta amanuense le tocó editar el sueño de acueductos de Carla Canon, no pudo contener su nostalgia y se pasó – me pasé – unos días intentando poner en claro los recuerdos infantiles sobre el intersticio de nomadeo clave de su niñez, de mi niñez, precisamente conocido ya el lugar con el nombre sólo de los Archipiélagos, y no con su largo nombre anterior de *Intersticio de nomadeo con modelo de concierto de rock del Archipiélago de Tierra y el Archipiélago de Mar*. Ese nombre primigenio, tan largo, había constituido un gran éxito publicitario, un hito, decían, en su tiempo, pues había atraído al lugar a incontable número de gente, sobre todo jóvenes, huidos, refugiados, voluntarios, técnicos, estudiantes de viajes de conocimiento y de contactos, cooperantes, sociólogos, arquitectos y, sobre todo, músicos, escritores y periodistas, investigadores sociales de toda laña, así como banqueros y trapicheantes en general. Fue, o se convirtió, en una aldea global, por no decir la gran taberna global, de mi infancia.

Al parecer, llegué allí de la mano de mi madre cuando apenas tenía cinco años, y yo percibía aquella nueva realidad como una fiesta. Mi madre, Marta, procedía del textil pero había huido de las grandes factorías que la habían formado profesionalmente desde su adolescencia y primera juventud, con objetivos

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

diseñados según sus necesidades de producción industrial en serie, adaptados a sus necesidades como grandes factorías. Había huido, sí, su primer *viaje de huida*, pero no por ello había dejado de estar interesada en lo más atractivo que había descubierto, para su gusto, en los años jóvenes de formación: se sentía tejedora.

Cuando abandonó la factoría, un final de primavera, lo hizo en compañía de otros dos colegas de trabajo con un proyecto artesanal común pensado para nomadear por mercadillos internacionales. Habían aprovechado la Ocasión de una crisis de producción, como decían, que había obligado a la empresa dueña de la factoría a deshacerse de una parte importante de trabajadores, con lo que se beneficiaron de una indemnización interesante que, uniendo las de los tres colegas, les permitía tener una libertad de acción suficiente durante unos meses para poner en pie su idea, de alguna manera artística e impregnada de idealismo juvenil. El tejido de nuevas fibras textiles, combinadas con otras tradicionales naturales y sostenibles que les fascinaban, y el estampado con nuevas técnicas digitales, les permitieron hacerse con un amplio muestrario apto para mercadillos y galerías de arte, y se trasladaron a vivir a un lugar turístico de la costa, muy concurrido. Fue allí en donde la tejedora Marta me concibió y en donde vine al mundo. Como eran unos neo-jipis, me pusieron por nombre Miel de Azahar.

***

1
Posible memoria de Miel de Azahar sobre su infancia en los Archipiélagos

No había muchos niños en los Archipiélagos, sobre todo al principio,
pues era un lugar problemático para ellos. Había muchos hombres
y muchas mujeres jóvenes, muy contados viejos y ningún anciano.
Más hombres que mujeres y más bebés que niños y niñas. Por ello,
lo que primero debieron organizar, después de los dispensarios médicos,
comedores y letrinas, fueron las instalaciones pediátricas y guarderías.
Sus barracones y tiendas se situaron al lado de los del dispensario médico,
en la isla más extensa del archipiélago de Tierra, la más próxima a la costa
y con mayores facilidades de comunicación con tierra firme.
Voluntarios unicefs y de otra organización que llamaban “salvar a los niños”,
convirtieron el sector oriental de la isla grande de Tierra en un jardín
con amplias tiendas luminosas y blancas, de lonas resistentes,
atestadas de bebés en sus cunitas de madera sobre esteras consistentes de vivos colores.

Era uno de los lugares de vagabundeo infantil que más gustaba a Miel de Azahar,
y en cuanto podía se escapaba por allí y los muchachos y muchachas cuidadores
la trataban muy bien y la dejaban jugar con los bebés. Al final de la tarde,
venía su madre Marta a recogerla y se la llevaba consigo a su módulo dormitorio
en tierra firme; tomaban la barquita, fluca o patera que saliera primero
del embarcadero improvisado de la isla de Tierra, y se adentraban luego
en el poblado de tiendas que llegaba hasta la playa por su calle principal y más ancha;
enseguida llegaban al taller de tejedores en donde Marta tenía su centro de operaciones

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

y, tras él, en torno a una plazuela con macetones de limoneros un poco polvorientos, tenían sus módulos dormitorio, unos diez o doce, en los que ella era la única niña chica. Se arreglaban un poco y, enseguida, salían hacia los comedores; allí se encontraba la Miel con otros niños chicos con los que podía jugar un rato en la sobremesa de la cena.

Allí fue donde Miel tuvo la sensación de que eran muy pocos niños y niñas como ella, y en cuanto se veían se ponían muy contentos y se presentaban unos a otros a sus mamás.
En cuanto veían a un niño nuevo, enseguida lo asaltaban y lo incorporaban a sus juegos y lo presentaban, a su vez, a sus mamás. De vez en cuando aparecía un papá de alguno de ellos, y los demás lo rodeaban y, a veces, les daba caramelos o algún dulce.
Al cabo de un par de meses del llegar allí, los niños comenzaron a verse con más frecuencia y a lo largo del día, pues les prepararon unas guarderías en la isla más próxima a la del dispensario y el pabellón de los bebés.
Cada mañana sus mamás los llevaban al embarcadero, y al final de la tarde venían a recogerlos para pasear hasta sus módulos dormitorio; ya no necesitaban pasar por los comedores, pues ya habían merendado fuerte en la isla de la Guardería, a la que comenzaban a llamar la Sursumía los niños del campo, al parecer porque había muchas lagartijas y así le llamaban a esos bichitos tan simpáticos.

Luego, poco a poco, cada vez se fueron quedando más niños y niñas a dormir también en la Sursumía, en unos barracones de colores que habían ido construyendo con madera y prefabricados de cartones y plásticos, y se lo pasaban divinamente en las hogueras de campaña, en las que se contaban historias, todos los niños alrededor de la hoguera y del narrador, historias de tierras lejanas, antes de irse a dormir. Miel de Azahar se sentía feliz en su nueva sociedad infantil, y todos le decían Sahar, que para sus compañeritos era un nombre dulce. Una o dos veces a la semana, la dejaban ir a la casa de los bebés, y allí había medio adoptado a uno pequeñito y renegrido, muy reidor, que la reconocía nada más entraba en la gran tienda blanca central, y gateaba hacia ella por las esteras y las pieles de cordero del corralón de los bebés.

Ese era el tenor de los recuerdos de Miel de Azahar cuando intentaba narrar para otros su vida de niña chica en los Archipiélagos: un lugar destartalado, sí, pero luminoso y emocionantísimo. Allí aprendió a leer y a nadar, y enseñó al niño Amín, que así se llamaba aquella lagartijilla renegrida e inquieta, que a ella la llamaba Sasá entre risotadas. Y de su mano daba zancadas por allí entre gozosas carcajadas; era un osado aquel Amín, y tenía su cabecita llena de chichones. Cuando lo dejaba al final de la tarde agotado y dormido, Sahar era feliz. Se volvía a su isla Sursumía, y en las historias de la hoguera de la noche narraba sus vivencias del día a los demás compis, y escuchaba las suyas. El dulce aprendizaje de lo que podía ser la vida.

También conservaba memoria de momentos dramáticos, como el incendio de la fragua del campamento mayor, en el que ardieron un montón de módulos dormitorio también, y casi llegó al de Tejedores, en donde estaba su mamá Marta. Los gritos y las carreras, el jaleo de las barcas

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

con los heridos hacia el dispensario y las camionetas de los bomberos
con sus largas mangueras amarillas fosforito, y las humaredas malolientes,
que los mantuvo encerrados durante todo el día y la noche en los barracones
y tiendas de campaña. Marta se había acercado a visitarla, sudorosa y sucia,
la había tranquilizado y se había ido de nuevo, camino del dispensario,
para volver a su barrio de Tejedores a echar una mano en la reconstrucción.
En la guardería de la Sursumía hubo mucho desorden durante unos días;
los solían reunir a todos los niños en el barracón grande con forma de barco,
y allí los entretenían con cuentos y talleres de dibujo y pintura,
con frecuentes visitas de alguna de las mamás que pasaban por allí muy excitadas.
Y poco a poco se iba recobrando la normalidad.

***

2
El otoño de los conciertos en los Archipiélagos

Miel de Azahar, o Sahar, ya, era muy chica todavía pero recordaba con viveza,
desde su corta estatura y mirada, el final del verano de su estancia
en la isla Sursumía de los Archipiélagos. Comenzaron a llegar barcos
y camiones con trailers y talleres electrónicos incorporados,
y una multitud de gente nueva que venía del norte se mezclaba y confraternizaba
con los acampados allí, refugiados o huidos que no cesaban de llegar casi a diario,
y que se iban instalando en nuevos poblados tras pasar unos días en los dispensarios.
El vaivén era constante y al atardecer los niños y niñas de la Sursumía
se sentaban en el embarcadero a ver pasar barquitas, flucas y pateras
y saludaban con pañuelos y cometas a los recién llegados, algunos
con caras asustada todavía y andrajosos y desmejorados.

A veces convencían a alguna mamá de visita para que les diera una vuelta,
a los más mayores, por la calle central del campamento que llegaba a la playa
frente a sus islas de Tierra, y se pasaban un par de horas recorriendo los tenderetes
y mercadillos que habían ido poniendo por allí; algunos se quedaban unos días o semanas
y luego desaparecían, pero otros muchos eran ya más estables,
como el de su madre Marta de esteras y tapices, que no terminaba nunca de abastecer
a las nuevas demandas de los recién llegados y visitantes.

Esa era la normalidad que recordaba Sahar en el momento en el que la música
comenzaba a invadir todos los espacios de los Archipiélagos. Pronto,
cada tenderete y cada taller y cada módulo dormitorio tenía su música,
al gusto dominante de sus agentes o habitadores, de modo que cuando instalaron
los grandes escenarios para conciertos, con sus carpas nuevas de técnicos y talleres,
y los conciertos comenzaron a ser algo cotidiano, a nadie le extrañó,
y menos a los niños.

En la Sursumía el cambio se notó con la llegada de los instrumentos musicales
y los ordenadores; cada niño, al final del verano,
ya tenía uno por allí, cerca, a su disposición, con chicos y chicas monitores

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que luego, en la hoguera de antes de irse a dormir, les contaban nuevas historias
de viajes, de músicos o historias profesionales y de nomadeo.
Luego llegaron los del cine, y las historias en torno a la hoguera se fueron acortando
para dejar algo de tiempo para ver películas que la gente hacía,
primero de cosas de cada día del campo de los Archipiélagos, luego de otros lugares
y películas con artistas famosos en ocasiones. Pero a los niños – a nosotros –
nos gustaban más las pelis de nosotros mismos por allí contando historias
o haciendo tonterías. Luego podíamos verlas también en las pantallas pequeñas
de los ordenadores, pero nos gustaba más verlas todos juntos, y comentarlas,
y patearlas y jalearlas, y reírlas, sobre todo si también salíamos nosotros.

Luego, ya más mayor, la Sahar comprendió que aquellos recuerdos de su niñez,
así en general, sin entrar en detalles anecdóticos de su vida con sus coleguitas
en la Sursumía, eran una pobre y fragmentaria narración del gran reto organizativo
de aquellos años de la crisis, que decían: el establecimiento
de un intersticio de nomadeo con modelo de concierto de rock.
La fórmula mágica que habían conseguido vender
al mundo financiero más progresista – que ya es decir – como la Gran Inversión.

Así había comenzado el otoño de los conciertos, que puso aquel intersticio de nomadeo
en la primera página de prensa y televisiones, y en el disparadero
de todas las redes sociales, desde las más alternativas al sistema formal
a las más informativas de la política o los negocios.
Las sociedades de derechos de autor se volcaron ahí, y acordaron entre casi todas
– siempre hay reticentes, al parecer – crear un gran fondo común asignado
a ese nuevo fenómeno organizativo de los intersticios de nomadeo
como programa protector – esa era una palabra clave – de acogidas y desplazamientos,
en territorio de multisoberanía compartida e internacionalmente pactada
y protegida a su vez por los organismos internacionales más solventes y eficaces.
Organizaciones estudiantiles, sindicales y oenegés se ofrecieron también entusiastas,
y las redes sociales echaron humo a lo largo del verano hasta confluir todos al fin
en aquel otoño de conciertos en los Archipiélagos. Sagas de músicos y actores,
empresarios culturales y del espectáculo – Toledos y Manu Chaos, Bardemes y Manás,
Pitt-Jolie’s y Berlangas, Casanis y Morenos y Naranjas – consiguieron
poner rostro mediático a la movida aquella, y pasó lo que pasó.

Cuando había ya tantos visitantes y técnicos, voluntarios estudiantiles y sindicales
y profesionales variopintos, y funcionarios e informadores
como refugiados y huidos subsaharianos o africanos en general y asiáticos
y de otras mil procedencias, se podía pensar que la operación había sido un éxito,
que el intersticio de nomadeo con modelo de concierto de rock estaba consolidado.
Y cuando el número de nuevos y viejos técnicos que salían de los Archipiélagos
era equiparable a los nuevos llegados a los campamentos y poblados,
se podía concluir que la Gran Inversión se había producido ya.

***

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

3
Las esteras refrigeradoras

Después del otoño de los conciertos, la mamá Marta convenció a Miel de Azahar
para ir a pasar el fin de año y el invierno a la costa de origen, al otro lado del mar,
en lo que había sido antes el chiringuito de Eulogio y ahora estaba
prácticamente integrado en la casa del Naranjal y biblioteca de don Borondón;
allí tenía Marta aún una parte de su taller textil con otros colegas.
La Sahar no estaba muy convencida para ese viaje nuevo, pues en la Sursumía
se lo había pasado requetebién aquel verano y otoño moviditos,
y quiso convencer a su madre para llevarse con ellas al bebé Amín,
que ya se había soltado a caminar y estaba hecho todo un campeón de los chichones.

-Ni hablar, Mielita. Yo estoy agotada con toda la marcha de esta temporada,
y quiero preparar tranquila la próxima campaña. El niño Amín
nos va a dar demasiado quehacer, pues es muy chico todavía,
y tú eres muy pequeña aún para poder atenderle bien.

La vio muy decidida, a su mamá, y no insistió. Pero le dejó claro que ella
estaba muy a gusto en la Sursumía y que era el último viaje que la acompañaba,
pues estaba estudiando muy bien con sus amigos allí. Marta la tranquilizó.
Al año siguiente comenzaría la escuela reglada y la iba a dejar que eligiera la escuela
que más le gustara. Terminó de convencerla cuando le dijo
que volvían a lo del Naranjal en la nave correo que llamaban El Galeón,
con el grupo de músicos que habían cerrado los conciertos del otoño,
quince o veinte chavalas y chavalotes que se habían metido al personal en el bolsillo
a base de sambas, cumbias y rockanrols.

El invierno se pasó rápido, en el poblado de módulos dormitorio, próximos
al laboratorio y taller textil de los colegas de Marta, y Miel se encontró
con algunos de los viejos amiguitos del invierno anterior. Lo primero
que les dijo al verles fue que no le llamaran Miel, que ahora se llamaba Sahar.
A medida que pasaban las semanas, se acordaba más de la Sursumía y los
Archipiélagos,
del niño Amín, que a lo mejor no la iba a reconocer si tardaba mucho tiempo
en volver a verla…, y de las hogueras del anochecer.
Las islas de Tierra y los embarcaderos se habían convertido para Miel de Azahar
en una geografía sentimental.

Marta no salía del laboratorio y del taller, con lo que la casa de los niños,
con unas instalaciones más modernas que las de la Sursumía, pero menos bonitas
para el gusto de Sahar, se convirtió en su verdadera residencia; casi permanente,
pues pocas veces acompañó a Marta al módulo dormitorio al tener su madre
varios compromisos por semana para la cena y para el tiempo de la distensión,
que decían en plan fino, el tiempo de la taberna, el bareto o el baile.

Una parte muy positiva de la situación era que Marta estaba muy contenta;
le contaba que estaban terminando de poner a punto unas esteras frigoríficas
que, en cuanto solucionaran un par de problemillas técnicos, iban a ser un bombazo

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

para la nueva temporada; ligeras, de colores bonitos y baratísimas
de fabricación y de mantenimiento, acoplables a los paneles solares más rústicos.
Querían tenerlos cuanto antes, y pensaban lanzarlo y experimentarlo en los Archipiélagos:
iba a tener toda la primavera, verano y otoño próximos para disfrutar de nuevo
de la Sursumía y de su niño Amín. Prometido. Le iba a ir muy bien.
Estaba tan contenta y tan animada la mamá Marta, que Sahar sospechó
que tenía un novio nuevo; y de ahí – la niña comenzaba a comprender mejor el mundo
y le gustaba así – los tan frecuentes compromisos de cenas y taberneo.

Miel de Azahar se lo fue comunicando todo a sus amiguitos y amiguitas de la Sursumía,
con los que se comunicaba cada día por la red y les mandaba fotos de su nueva casa;
todos allí, los que quedaban, pues algunos como ella se habían ido con sus mamás de viaje,
a la vez que otros llegaban, todos estaban esperando su vuelta.
Lo que más echaba de menos Sahar eran las hogueras de las narraciones de historias
y el cine de antes de irse a dormir, pero los colegas de la Sursumía le dijeron
que con la llegada del invierno se habían dejado de reunir en el exterior
en torno a la hoguera, y ahora se pasaban casi todo el tiempo
en una tienda grande blanca acondicionada para juegos. Todos tenían muchas ganas
de ver las esteras frigoríficas que les describió Sahar con todo lujo de detalles,
y recordando el calor que habían pasado el verano anterior organizaron un equipo
para encontrar los lugares mejores para su colocación
en los barracones de la guardería de la Sursumía.

En fin, los recuerdos de una niña chica.
Relaciones, preferencias, todo en formación. La sonrisa de la vida.

***

4
Final

Estos eran los primeros recuerdos que se le venían a la cabeza a Sahar
cuando alguien le preguntaba por su niñez de nomadeo por ahí,
con su mamá Marta primero, y luego sobre todo en la Sursumía,
pues aquella isla guardería fue la que eligió al fin para sus estudios reglados,
en las escuelitas que se fueron instalando primero por las islas de Tierra
cercanas al dispensario, y luego también por las islas del Mar más alejadas de la costa.
Fue creciendo sin apenas darse cuenta la niña, ya Sahar para todos,
como experta muy valiosa, a medida que se iba haciendo más mayor,
en redes infantiles de contacto y comunicación; al final de los estudios primarios,
cuando los festivales de otoño de los Archipiélagos habían alcanzado cierto clasicismo,
la Sahar era una lince en el equipo de acogida y distribución
de visitantes voluntarios y técnicos. Llegó un momento que a los Archipiélagos
llegaban más voluntarios, técnicos y músicos que refugiados huidos de la miseria,
que ahora se quedaban en nuevos intersticios de nomadeo más al sur, en la estepa,
y fue entonces cuando una adolescente Sahar comenzó a perder interés por aquel lugar
que había sido el paisaje de su infancia; y comenzó ella misma a moverse, a nomadear.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Para entonces ya no le gustaban nada sus nombres de niña, sobre todo le horrorizaba su primer nombre Miel de Azahar, y comenzó a usar el apodo de la Murrús, su nombre de juventud, por el que ahora la conocían sus colegas.
Su infancia feliz había terminado. Ya era otra. Y el niño Amín era un jovencito avispado que la llamaba Madrina. Pero esa es otra historia, lo mismo que la de su madre Marta, a la que se pasaba meses y meses sin ver, casi desaparecida de su vida salvo en los encuentros ocasionales por ahí, siempre emotivos, por otra parte.

Ya era una persona mayor: ya viajaba sola.

FIN

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6